

Rizar el rizoma

CARLO FRABETTI - LA HAINE :: 26/05/2014

El equívoco concepto de “rizoma” propuesto por Deleuze y Guattari en su obra 'Capitalismo y esquizofrenia' (1972, 1980) se ha convertido en un tópico

Un meme - que ha traspasado las fronteras del bizantinismo posmoderno para infiltrarse en una amplia variedad de discursos, algunos de ellos supuestamente revolucionarios, lo cual convierte lo que podría haber sido un inofensivo juguete filosófico en una plaga tan extendida como difícil de erradicar (como algunas de las plantas que inspiraron el concepto).

Frente al clásico árbol de Porfirio, que pretende clasificar las sustancias (y por extensión las ideas) yendo de lo universal a lo particular, según un esquema que se ramifica a partir de un tronco central, Deleuze y Guattari proponen un modelo descentralizado a imagen y semejanza de los rizomas: tallos subterráneos que crecen horizontalmente y de forma reticular, y en los que todos los nódulos son equivalentes e intercambiables.

La metáfora es sugestiva, y resulta adecuada como modelo de estructuras y procesos que no se articulan alrededor de un centro o un eje, por lo que no es extraño que la eclosión de internet la haya reintroducido con fuerza en el discurso sociológico. Y no habría nada que objetar, sino todo lo contrario, si el rizoma se presentara como un modelo complementario del viejo y eficiente (aunque limitado y a menudo engañoso) árbol taxonómico; pero Deleuze y Guattari lo propusieron -y sus epígonos siguen proponiéndolo- como negación y superación del modelo arbóreo, que arbitrariamente identifican con la lógica de la dominación (como si el mero hecho de clasificar los elementos de un conjunto equivaliera a establecer relaciones jerárquicas).

Incurriendo en una contradicción típicamente posmoderna, tras cuestionar los discursos metafóricos (y en este sentido es muy reveladora la lectura que hacen de Kafka), Deleuze y Guattari pretenden convertir una metáfora botánica en modelo epistemológico. Y lo que empezó siendo una crítica del psicoanálisis (recordemos que la primera parte de Capitalismo y esquizofrenia se titula El Anti-Edipo) acaba cayendo en el mismo error que denuncia, y que, básicamente, consiste en confundir lo literario con lo literal. O, para ser más preciso, en hacer aún más borrosa la difusa frontera entre lo connotativo y lo denotativo, entre el mapa y el territorio, entre lo especulativo y lo comprobable, entre la realidad y el deseo (dicho sea de paso, cuando Deleuze y Guattari dicen: “Solo existen el deseo y lo social, y nada más”, parecen citar un verso de Cernuda, que vino a decir lo mismo antes y mejor, y sin intentar darnos gato poético por liebre científica).

Sería injusto no reconocerles a los autores de El Anti-Edipo el mérito de haber politizado el discurso psicoanalítico en general y el lacaniano en particular, a la vez que intentaban conferirle un mayor rigor científico. En primer lugar, aduciendo que la familia, que para el psicoanálisis es lo determinante, en realidad es lo determinado (por lo social). Y en segundo lugar, viendo en ese “malestar en la cultura” del que hablaba Freud una consecuencia

directa de la explotación capitalista.

Pero su esfuerzo es vano, o cuando menos desproporcionado, pues de poco sirve politizar un discurso meramente especulativo e intentar dotarlo de un rigor incompatible con su propia naturaleza. El mero hecho de discutir si el inconsciente -como supuesto topos del deseo- viene determinado por lo familiar o por lo social, presupone aceptar la existencia de “el” inconsciente como algo concreto y articulado (estructurado como un lenguaje, según Lacan), lo cual desbarata de antemano cualquier intento de renovación epistemológica.

A menudo se ha acusado a los posmodernos de hacer un uso poco riguroso y meramente ornamental de los conceptos y la terminología de la ciencia; pero en este caso la impostura no estriba en vestir de seda a la mona, sino en que la propia mona no es más que una muñeca de trapo.

La Haine

https://www.lahaine.org/est_espanol.php/rizar-el-rizoma